



de de Dios y se extremece imaginando en qué podrá venir á parar ese don divino si las gentes dan en querer averiguarlo todo. ¡Poner en claro las infamias del caciquismo, las granjerías de la administración, las traiciones de la política! ¡Horror! ¿Qué sociedad bien ordenada sobreviviría á una investigación semejante? ¿Que nombre resultaría ileso, qué prestigio limpio, qué reputación salva? Pero no tema Tartufo. La marea fétida de la infamia no llegará muy alto. De delegado para arriba ningún funcionario corre riesgo. Toda acusación que se eleve demasiado se trocará, *ipso facto*, en difamación y calumnia. Caiga sobre los policías todo el peso de la pública execración. Aquellos que los nombraron, que nos los impusieron, que depositaron en tales hombres su confianza y les erigieron en árbitros de nuestra libertad, seguridad é intereses, no tienen culpa alguna. Creíanle puros y sin mancha como niños después del bautismo. Valiéronse de ellos como de varones integérrimos para garantir la verdad del sufragio. No, no tema Tartufo. El principio de autoridad flotará sobre la laguna cenagosa como flotó sobre las aguas el espíritu de Dios, según las viejas cosmogonías.

Tartufo se enfada. Abomina del escándalo y le ahogaría de buen grado si pudiera, sin duda por la cuenta que le tiene. Dice que, de generalizarse el sistema en medio de las mutuas desconfianzas, denuncias y delaciones, la vida social llegará á hacerse imposible. ¿Por qué? Cuando Sila y los triunviro proscribían á sus enemigos, ó los emperadores mónstruos penaban á su arbitrio la lesa majestad, ó el Tribunal de los Diez y el Santo Oficio juzgaban y condenaban en la sombra, ó la hez de la sociedad, constituida en policía, perseguía, á sueldo de la reacción, delitos políticos reales ó supuestos, entonces la delación era en verdad cosa terrible. Ahora, no. Una denuncia que ha de ser formulada á la luz del día, bajo la responsabilidad del denunciador, dejando intacta la libertad de la defensa, no debe asustar á nadie. Rara vez la calumnia osará provocar una lucha en que tantas probabilidades de triunfotiene la inocencia. Y sien alguna ocasión el no culpado sufre para defenderse disgustos y molestias, im porta recordar que, por ley de necesidad, todo servicio público implica algún detrimento privado.

No, no debe asustarnos el que la opinión se incline hacia los escándalos á la francesa. ¡Qué declamaciones no inspiró el ruidosísimo asunto del Panamá! Tartufo estaba inconsolable. No había allí honor respetado ni reputación segura. La ola de cieno avanzaba, terrible y nauseabunda, amenazando anegarlo todo. Una plebe insaciable pedía honras como se piden caballos en los toros. Pasó el ruido, se hizo justicia, muchos falsos ruidos se disiparon, algún poderoso fué á presidio y la República al cabo salió de aquella dura prueba purificada y enaltecida. ¿Habría sido preferible dejar que la corrupción medrara al amparo de la impunidad del silencio?

Sin duda no es de suyo el escándalo de amable ni apetecible. Pero ¿lo es el bistori? ¿Lo es la lanceta? ¿Lo es la quinina? ¿Lo es el presidio? Como tales se justifican y existen por necesarias, no por placenteras. Tartufo prefirió el mal á su divulgación y no dista de afirmar que no hay enfermedad allí donde no hay medicina. El escándalo es un revulsivo moral. Venga, venga ese santo escándalo á fortificar el organismo ético de una sociedad que se muere á chorros de podrida y donde la secular opresión del pensamiento y la conciencia ha hecho de la hipocresía una dolencia nacional. El demostrará que esta bendita restauración no ha acabado aún de estragar por completo el paladar moral de España.

ALFREDO CALDERÓN.

## TEATROS

En Eslava, función de moda, se cantó *El juramento* ante distinguida concurrencia. Los artistas de la compañía Agudé y Constantí estuvieron muy acertados en la ejecución de la hermosa obra de Olona y Gaztambide.

El barítono señor Sagi-Barba cantó toda su parte muy bien, siendo ovacionado en el duo del acto segundo, que él se acompañó al piano.

También merecieron justos aplausos las señoritas Benavente y Hoyos.

En el Duque no hubo novedad que anotar. *El puñao de rosas* obtuvo aun mejor interpretación que la noche de su *reprise*. El numeroso público que asistió á la representación aplaudió mucho á la Gurina, la Alcácer, Talavera y Angeles.

En breve *La rifa del beso*, cuyos autores; Emilio López del Toro y José García Rufino, han regresado hoy de Madrid.

Tiene gracia uno de los incidentes ocurridos en el teatro Apolo de Madrid durante el estreno de *La rifa del beso*. Al salir á escena el *Extremeño* diciendo que lleva en la faja cien duros, exclamó á toda voz un espectador de la galería alta:

—¡Eh, las quinientas pesetas del ABC! El chiste del *moreno* influyó en que se torciera el éxito de la obra, que casi estaba asegurado. Sin embargo, *La rifa del beso* llegó á puerto de salvación á pesar de que la mayoría de los actores intérpretes le tiraron á *degüello*, dando con esto lugar á que sus autores rompieran con la empresa, retirando del cartel la aplaudida zarzuela.

El crítico del *Diario Universal*, A. Miquis, en una bien escrita crónica, afirma que, obras peores que *La rifa del beso*, han encanecido en los carteles de los teatros madrileños.

Esta noche hará su debut en el teatro Cervantes la compañía del Sr. Ortas.

Se representarán las siguientes obras: á las ocho, *El puñao de rosas*; á las nueve, *Caramelo*; á las diez, *Fonocromofotografía*; y á las once, *Enseñanza libre*.

Que todas obtengan buen éxito deseamos.

La compañía Guerrero-Mendoza anuncia que en la temporada que inaugurará el mes próximo en el teatro Español, de Madrid, estrenará las 17 obras siguientes:

*Mariucha*, de Galdós, ya estrenada en Barcelona; *Agua que corre*, de Guimerá, estrenada en Lérida, y *El emir*, de Cavestany, estrenada en Murcia.

Del resto de las obras dice el *Heraldo* lo que sigue:

Entre las refundiciones del Teatro clásico, anuncia tres de gran interés, por su historia y la fama con que han llegado hasta nuestros tiempos. *Calixto y Melibea*, la célebre *Celestina*, de Rojas, que además de ser modelo entre los modelos de comedias realistas, ha necesitado para ser representada ante el público de hoy la pluma prítisima de Zeda que la amolde, la lime y la acomode á los gustos y pudores reinantes en literatura dramática. *El conde Sex*, atribuida al rey Felipe IV, arreglada por Cristóbal de Castro, y *Fuente Ovejuna*, de la que Menéndez Pelayo expone juicios que, por lo autorizados y por lo elocuentes, merecen ser conocidos.

Nombres de autores nuevos hay dos: uno de gran actualidad: Francisco Grandmontaque, de quien se anuncia *El avión*, y el otro, que despierta gran curiosidad en el mundo teatral, Federico Urales, el célebre anarquista, de quien se anuncia una obra que se titula *Amémonos*.

José María Quintanilla transporta al teatro á *La Montañés*, del maestro Pereda.

Los hermanos Quintero dan por primera vez al Español una obra grande, *La zagala*.

Jacinto Benavente pone á prueba las esplendideces de la Empresa Guerrero-Mendoza con la indumentaria que se necesita para *El dragón de fuego*.

Cano y Cueto insiste con su *Gaullón*, la obra de sus amores, la que tiene, según dicen, los mejores versos de este gran poeta.

Manuel Linares Astray busca con su *Maria Victoria* la confirmación del título que conquistó con *Aire de fuera*.

Salvador Rueda aseguran que va con *La guitarra* por diferentes caminos que fué con *La Musa*.

Y don José Echegaray, Galdós y Guimerá, plana mayor del género dramático,

ofrecen cada uno dos obras, que son: *La desequilibrada*, *Los dos sindicatos*, *Mariucha*, *El abuelo*, *Agua que corre* y *Andrónica*, esta última traducida del catalán, en verso castellano, por Luis López Ballesteros.

## YO TRES Y TU DOS

Muchos tiempo hacía que se habían casado. El era un bien viejo, pacífico y bonachón, incapaz de hacer mal á una mosca, aunque le picara la calva. Ella era aún fuerte y robusta, más tiesa que una vara de cortina, y más terca y taruga que una burra vieja. Llevaba la batuta en su casa, y el único músico de aquella orquesta tocaba siempre al compás que ella quería.

Una noche, sentados al amor de la lumbre. —¿Cenamos?—dijo él. —Mira—contestó ella—aquí tengo cinco huevos; los haré fritos, y nos los comeremos en amor y compañía.

Efectivamente; puso ella la sartén al fuego, se frieron los huevos, y en un mismo plato, como siempre, se prepararon á cenar.

—Tu—dijo ella—te comerás dos y yo tres.

—Mujer—replicó él sonriéndose—yo soy el hombre; soy el cabeza de la casa; tú eres la mujer, la hembra.

—Sí, y tú el macho.

—Bueno, yo el macho; por eso me comeré tres y tú dos.

Y esto lo dijo sin intención de llevar á efecto su amenaza.

Pero la vieja, que necesitaba poco para enseñar los dientes de su terquedad, repuso ya amoscada:

—He dicho que yo tres y tú dos, y así será.

—Pues yo digo—gritó el viejo, sosteniendo su oposición contra la de su mujer por primera vez en su vida—que tú dos y yo tres.

—Pues me muero.

—Pues muérete.

—Ahora verás.—Y la terca vieja pone en tierra una manta, se tiende boca arriba, cruza las manos...

—Vamos, mujer, no juegue, levántate.

—¿Tú dos y yo tres?

—No—dijo el viejo—yo tres y tú dos.

—Pues muerta me quedo, y ya puedes llamar para que hagan la caja.

—Bueno, pues llamaré.

Y el viejo, después de titubear un poco, llamó á un carpintero vecino.

—Hombre—dijo éste cuando vió á la vieja.

—¡Qué natural! Nadie diría que es un cadáver.

—Sí—dijo el viejo apretando los puños—nadie lo diría.

Tomó el carpintero medida del ataud y se marchó.

—Mujer—dijo el viejo cuando se quedó solo.

—¡Mira que ya te están haciendo la caja! ¿Tú dos y yo tres?

—No; yo tres y tú dos.

Y volvió el carpintero con el ataud y colocaron en él á la vieja. Y pasaron la noche sin que la taruga vieja se moviese; y sin turbarse el silencio más que por la pregunta que de cuando en cuando hacía el viejo:

—¿Yo tres y tú dos?

Y por la invariable respuesta de la vieja:

—No: tú dos y yo tres.

Y entre tanto los huevos, causa inocente de aquel sainetesco drama, helados y quietos en el plato.

Y el viejo dió parte al clero de la muerte de su costilla.

Y ya se oían los cánticos.

—¡Mujer, que ya cantan!

—Pues más que lloren. ¿Yo tres y tú dos?

—No—contestó con los dientes apretados el viejo—tú dos y yo tres.

Y el sacristán, que era amigo de la casa, dió la mano al viejo y el pésame.

—¡Qué color tiene la difunta! Parece que está viva!

—¡Y era tan buena mujer!—añadió el sacristán.—No tenía más, sino que era un poco terca, un poco terca.

Y entraban gente en la habitación de la difunta, y la vieja taimada quieta que quieta. Ya iban los enterradores á echársela al hombro, cuando el marido se arrodilló como para besar á su esposa, y le dijo al oído:

—Mira que te llevan, mira que te llevan. ¿Tú dos y yo tres?

—No—contestó imperceptiblemente la vieja—yo tres y tú dos.

Y decían los presentes:—¡Cómo quería á su mujer!

Echó á andar el cortejo, y el viejo presidiendo. Y concluyeron los cánticos de la iglesia.

Y antes de poner la tapa al ataud, volvió á arrodillarse junto á él, y muy quedo:

—Mira que vamos camino del cementerio—dijo—¿aún es tiempo. ¿Tú dos y yo tres?

—Que no, y que no—respondió ella.

—Adelante—dijo el marido sollozando.

Y así llegaron al camposanto.

—Dejádmela ver por última vez—gimió el viejo.

Y destaparon la caja, se apartaron los cuatro que la llevaban y el que tenía la tapa; y los cinco se quedaron mirando al viejecito lloroso y con dolándose al ver que con tanto sentimiento se despedía para siempre de su querida esposa.

Y él, poniendo su boca junto á la nariz de la gran taruga:

—Mira—dijo quedito—mira que está abierta la fosa: mira que te van á echar al hoyo; llorando te lo suplico: ¿tú dos y yo tres?

—No, re no y recontra no; yo tres y tú dos.

—Pues... pues—gritó el viejo sin poder aguantar más y echando cada lágrima como un dátíl.—¡Cómeme los cinco!

Y la vieja, como movida por un resorte, se levanta y se sienta en el ataud. Aquellos cinco enterradores, que oyeron decir *Cómeme á los cinco*, y vieron á la muerta levantarse de pronto, creyeron que eran ellos cinco á quienes había de comerse la muerta y echaron á correr desesperadamente, que los talones les tocaban en las posaderas, gritando:—¡La muerta nos come!—Y así llegaron al pueblo: sin dejar de gritar:—¡Que nos come la muerta!

Entre tanto, la vieja salió del ataud, se agarró del brazo de su viejo (ambos muy satisfechos), poco á poco llegaron á casa; buscaron el plato de los huevos y encontraron el plato, pero no los huevos.

Se los había comido el gato.

JOAQUIN MARTINEZ LOZANO.

## Los almacenes del Rey

### MAS DEL INCENDIO

El juzgado continuó ayer tarde trabajando activamente en las diligencias sumariales del proceso incoado con motivo del siniestro. Á las cinco se personó en la cárcel el señor Carzon y ante él compareció el guarda de los almacenes, Manuel Machado, preso é incomunicado desde la madrugada del viernes. Su declaración fué muy extensa y de ella no debió quedar muy satisfecho el juzgado. Ante éste compareció después el ingeniero municipal, señor Atienza, quien explicó el mecanismo del reloj de seguridad que existía en el almacén y dictaminó sobre el estado en que se halla la maquinaria de aquél, después de practicar un detenido reconocimiento.

Prestó declaración, luego, el brigada de serenos señor Valdés, que fué uno de los que primeramente acudieron al lugar del siniestro, expresando detalladamente el sitio por donde comenzaron á salir las llamas y otros puntos de interés.

Por orden del juzgado se dió aviso para que se personasen en la cárcel don Eduardo González, el apoderado del almacén don José González Verger, los que también prestaron extensas declaraciones.

A las nueve y media se retiró el juzgado de la cárcel, no cesando hasta hora bastante avanzada de la noche en la práctica de las actuaciones.

Próximamente á las nueve de la noche, cuando se encontraban declarando ante el juzgado don Eduardo González y don José González Verger, se reprodujo el incendio en el almacén del Rey, tomando las llamas bastante incremento.

Alzaronse éstas otra vez de las grandes pilas de madera á medio consumir que llenan el local, amenazando la farmacia municipal, en cuyo edificio comenzaron á arder varias vigas.

Una manga colocada en el indicado lugar fué suficiente para atajar el daño.

Al reproducirse el siniestro, las campanas de la Magdalena y de otras iglesias comenzaron á tocar, con lo que se originó la consiguiente alarma.

En un principio creyóse que se había iniciado otro fuego; luego el público, enterado de lo que ocurría, acudió á la calle Reyes Católicos presenciando los trabajos que se realizaban y comentando los detalles ya conocidos del incendio, así como su importancia y duración.

En el almacén del Rey estuvieron el alcalde, gobernador, el arquitecto del municipio, señor Saez, y otras autoridades.